devoción de este siervo de María, callando otras ternuras y extremos que han hecho muchos santos varones de mi religión por el amor que tenían a la Madre de Dios. Pues este mismo santo padre vio una vez a la Reina del Cielo que debajo de su manto tenía a todos los de la Compañía. Y encendió tanto la vista de la Reina del Cielo a este gran siervo de Dios, que dondequiera que iba y estaba, comunicaba tal fuego de su devoción, que no había persona, a quien cosa que pidiese por María no hiciese; y era esta petición como un conjuro y divino encanto para no atreverse nadie a negar nada, al ver que él hacía lo mismo, pensando, hablando y enterneciéndose siempre con su memoria, y con el concepto que hacía de sus grandezas, y andando tan atónito de su majestad, que todos los días, por estar a la puerta del refectorio una imagen de esta Señora se quedaba, después de comer, elevado de su grande afecto y suspenso por media hora contemplando la caridad y majestad de María, quedando después tan poco señor de sus sentidos, que no podía hablar. Su devoción sensible era tan continua y las frecuentes visitaciones de Cristo tan fuertes, que le derribaban en tierra, quedando muchas veces con una gran conmoción

de manos y labios, y con tal semblante que parecía se le quería saltar el corazón del pecho de puro afecto, y daba con él en tierra, principalmente si quería reprimir estos afectos de su devoción. Por menear muchas veces los labios muy aprisa y recio, sin pronunciar palabras claras, parecía como la Santa Ana, madre de Samuel, y como los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo, que estaba ebrio y fuera de sí por la devoción de María: los sollozos y suspiros no se alcanzaban unos a otros, haciendo entre tanto semejantes actos de devoción como el hijo de Santa Brígida. Dice esta santa de su hijo Carlos que solía decir de todo corazón: Tanto me huelgo que ama Dios a la Virgen María, su Madre, sobre todas las cosas, que no hay para mí cosa ni criatura que más me deleite; y si posible fuere que por un instante dejara de tener la dignidad que tiene, padeciera yo todas las penas del infierno eternamente porque no cesara su grandeza en un punto: todos estos afectos valieron la salvación a este devoto y tierno mancebo.

En los mismos actos se ocupaba el gran siervo de Dios, P. Diego Martínez de nuestra Compañía, por los cuales mereció muchos fa-

vores de la Madre de Dios, y tales regalos, que era llevado en las festividades de la Virgen a oír cómo las celebraban los ángeles, de los cuales enseñado decía: Quisiera yo tener todas las voluntades de todos los santos y santas del cielo, y amarla con el perfectísimo y ardentísimo e incansable amor con que ellos aman a la Virgen Santa María. Deséola amar con el ardentísimo amor con que la aman San Miguel, San Gabriel, San Rafael, los serafines y todos los espíritus bienaventurados; y hablando con la Virgen, decía ¡Oh quién os amara, Virgen bendita, con este perfectísimo amor! huélgome infinitamente, Virgen Santísima, que los serafines y todos los espíritus celestiales os amen con perfectísimo y ardentísimo amor por toda la eternidad, y les suplico y ruego os amen por mí. Yo, vilísimo pecador, doy a la Santísima Virgen todo el conocimiento y amor toda, la honra y gloria, bendiciones y alabanzas que la dan los santos en el cielo, y por toda la eternidad. Deseo con todo corazón, que todos los reinos y provincias, pueblos, hombres y mujeres que hay ellos, conozcan, amen, sirvan y alaben a la siempre Virgen María, al modo que todos los cortesanos del cielo la sirven. Quisiera yo

haberla servido desde el punto de vista en que tuve razón hasta ahora, con toda la santidad e inocencia de vida con que la sirvió San Juan Evangelista y el Bautista, San Benito y Santo Domingo, y todos los siervos que ha tenido acá en la tierra. Deseo morir y derramar mi sangre por amor y en reverencia de la Madre de Dios; y desearía que Jesucristo nuestro Señor me diese gracia y fortaleza para que todos mis miembros fuesen cortados uno a uno y martirizados por amor y en reverencia de la Santísima Virgen, Madre de mi Señor Jesucristo: *fiat, fiat*. Eran tan de veras y tan vehementes estas ansias y deseos, que le dieron éxtasis largos años.

Tan encendidos estaban estos siervos de María en su devoción, tan tiernos amantes suyos eran. Procuremos imitar a estos esclavos de la Emperatriz del cielo, e introducirnos en su santa familia, que con tal ama y señora, y tal madre, en esta vida seremos privilegiados y en la herencia de la otra mejorados, que aun en el cielo los bienaventurados se precian de haber sido siervos de esta gran Señora, y hacen gala de ser conocidos por sus esclavos; porque así como los criados de los reyes, dice un doctor grave, tienen particular li-

brea y vestido con que se diferencian de los demás cortesanos que viven en sus cortes, así en la corte del cielo los devotos de María traerán una particular librea, vestidos y divisa, con que serán conocidos de todos, y campearán sobre los demás bienaventurados, por especiales criados de la Virgen Santísima, paniaguadrs y familiares de su casa, según aquello de los Proverbios: Todos los de su casa siempre visten de gala con dobladas libreas y vestidos doblados.

Finalmente, por todo el mundo se ha esparcido la devoción a María, por todas las edades, por todos los estados, por todas las naciones, que lo profetizó esta Señora, diciendo que porque miró Dios la humanidad de su esclava, la habían de decir bienaventurada todas las generaciones, esto es, todas las naciones y en todos los tiempos. Por cierto que en España vemos esto muy cumplido, porque en ella sólo hay, habiéndose hecho diligente cómputo, más de ochenta mil templos dedicados a la Virgen; y apenas hay en ella collado insigne, que no la corone alguna casa o ermita de María. La piedad antigua de los españoles para con esta Señora se echa de ver en el cuidado que tuvieron, cuando se perdió Es-

paña, de no dejar en poder de los moros las imágenes de la Virgen, porque como ellos no consienten la adoración de las imágenes, si bien engrandecen a María, no quisieron dejar a este riesgo aquellos cristianos devotos las imágenes de esta gran Madre de misericordia, sino lleváronselas consigo, o las escondieron, y después se han hallado muchas milagrosamente, y que hacen grandes milagros; lo cual no se sabe que hiciesen aun con las imágenes de Cristo.

Pero ¿qué mucho que las naturalezas intelectuales y los hombres racionales honren y reverencien a la que es Reina de todo lo criado? ¿que los ángeles las esperasen? ¿que los Patriarcas la deseasen? ¿que los profetas se consolasen con su esperanza? ¿que los Apóstoles la admirasen? ¿que los santos la sirviesen? ¿que todas las naciones la honren? pues, como dice el devoto Juan Tauburno, de las mismas criaturas irracionales fue racionalmente deseada María (si es lícito hablar así). Gimiendo estaba, y como reventando de dolores de parto toda criatura, hasta su venida, esperando que por María había de ser reformada, y según dice Dionisio Richel, revelada, y conforme a San Bernardino, mejorada y

perfeccionada; porque, dice, no tuvo el mundo su última perfección sino por María: por lo cual escribe San Juan Damasceno, que los siglos competían entre sí para ver su natividad y advenimiento.

# CAPÍTULO XI

## Del amor y devoción a María que muestran los Santos en sus sentencias.

Pienso que nos moverá también a un tierno amor a María, el ver las ansias con que la invocan los Santos, y el grande amor y afecto encendido que para con su Madre, y la Madre de su Dios y Señor, muestran en sus escritos, que están destilando suavidad, llenos de la grandeza de María, deshaciéndose en sus loores. No podré recoger todo lo que dicen, porque para esto sólo era menester un muy grande volumen; sólo diré una u otra sentencia de algunos, que regalen nuestro corazón y enciendan nuestro afecto, para amar, estimar y reverenciar. De los Apósto-

les sabemos que dijeron grandes cosas de María, y se enternecían dulcemente en sus loores y alabanzas con la memoria de su intercesión; y fuera de gran consolación si lo tuviéramos ahora escrito. Hallo también, que éstos fueron inventores de la Salve, con que imploraban el auxilio de su Reina y Madre de misericordia; si bien se ha atribuido a otros esta oración, por haberla renovado. Ellos también en el Ave María enseñaron a invocar a esta Señora, pidiéndola que orase por nosotros pecadores. De Santiago sabemos, que todos los días, cuando celebraba el sacrificio de la Misa, hacía conmemoración de la Santísima Madre de Dios y siempre Virgen María, resumiendo sus grandezas e implorando su socorro; y después de haber pedido que Dios quisiese principalmente acordarse sobre todos los santos de esta Señora y siempre Virgen María, ordenó que el coro respondiese así: "Digna cosa es que digamos verdaderamente bienaventurada y de todas maneras sin culpa, y Madre de nuestro Dios, más preciosa que los querubines, mas gloriosa que los serafines, que sin corrupción pariste al Verbo de Dios: verdaderamente te engrandecemos, Madre de Dios: a ti, llena de gracia, toda

criatura te da el parabién, la multitud de los ángeles y el linaje de los hombres, a ti que eres templo santificado, paraíso espiritual, gloria de las vírgenes, de quien tomó Dios carne y en quien nuestro Dios (que fue antes de los siglos) se hizo. ¡Oh llena de gloria! toda criatura te da el parabién: la gloria sea para ti. San Ireneo que bebió más de cerca el espíritu y devoción de los Apóstoles, con tal sublimidad habla de María, que no se pudo decir más. Llámala causa de la salvación de todo el género humano, y entre otras cosas dice: "De la manera que Eva fue engañada por la plática de un ángel para que se apartase de Dios prevaricando su precepto, así a María por la plática de otro ángel fue anunciado, que llevase dentro de sí a Dios, obedeciendo su palabra; y como aquella fue engañada para huir de Dios, para que María Virgen fuese abogada de Eva, que también era virgen entonces; y de la manera que el linaje humano incurrió en pena de muerte por una virgen, así fuese absuelto por otra Virgen, para que se contrapesase por iguales balanzas la inobediencia. Lo que dice aquí San Ireneo, de que tantos siglos antes que María naciese fuese abogada de Eva, es porque su-

pone la grande estimación que hace Dios de María, que entonces, no por ruegos, que éstos no pudieron ser, sino sólo por la estupenda grandeza de su santidad, con aquella esperanza que había de nacer tal persona en el mundo, en quien tanto se había de agradar, y porque sabía que le había de agradecer haber tenido misericordia de Eva, se amansó el enojo divino, predestinando Dios a tal criatura para satisfacer a su justicia con el fruto de su vientre y para consuelo de Eva, que se alegró en el alma con grande amor y afecto para con María, luego que tuvo revelación de la abogada, que él había de nacer al cabo de cuatro mil años. San Epifanio afirma también lo mismo, que María levantó a Eva; y San Fulgencio dice, que Eva maldita fue bendita por María; y San Bernardo escribe, que el hombre cayó por una mujer y no se levanta sino es por otra mujer, que sea reparadora de sus progenitores y vivificadora de sus sucesores, esto es, de los santos que vinieron después de María.

Este también es gran consuelo para nosotros, que si sólo porque había de nacer María le valió a Eva la vida, ahora después que ha nacido, y está coronada por Reina

de los ángeles, y Dios le ha entregado el tributo y la dispensación de sus merecimientos, y el Espíritu Santo la jurisdicción de sus dones y gracias, y ella insta con su intercesión solicitada de sus piadosas entrañas, ¿qué cosa no podremos esperar de ella? ¿qué confianza podremos dejar de tener en ella? sino enternecernos con San Efrén, que así la habla: "Intermerada, y totalmente pura, Virgen Madre de Dios, Reina de todos, y bonísima, más humilde que los habitadores del cielo, más pura que los resplandores y rayos del sol, más preciosa que los querubines, más santa que los serafines, y sin comparación más gloriosa que todos los demás ejércitos del cielo, esperanza de los Padres, gloria de los profetas, loor de los Apóstoles, honor de los mártires, regocijo de los santos, corona de las vírgenes, inaccesibles por tu resplandor, princesa de todos, capitana de todos, sacratísima doncella, debajo de tus alas me ampara y guarda; ten misericordia de mí, que estoy manchado de lodo, pues con muchos pecados ofendí a mi Criador y Juez. No se gloríe contra mí Satanás; no se levante contra mí el enemigo; no vea yo que a tu siervo le falte la esperan-

za que en ti tiene; no me calumnie la lengua de los murmuradores; no tengo yo otra confianza, ¡oh Virgen sincera! porque tú eres mi puerto, ¡oh Virgen inviolada! y mi auxiliadora presente; todo estoy puesto debajo de tu tutela y protección. ¡Oh Madre celebradísima! con continuas lágrimas te imploro, y me arrodillo a tus pies, ¡oh Señora mía! clamando a ti humildemente, para que tu dulce Hijo, el que da vida a todos, no me arroje por los muchos pecados que he cometido y como león despedace mi corte. Llena mi boca con la gracia de tu dulzura; ilustra mi entendimiento, ¡oh llena de gracia! mueve mi lengua y labios para que te cante alabanzas con grande alegría de mi alma, y entonces aquella melodía angélica, tan celebrada en la ciudad de Nazaret que cantó el arcángel San Gabriel, vestido de hábito servil, a ti, Virgen y Madre de Dios enterísima, aquella salutación tan conveniente y digna, ¡oh salud del mundo y toda la tutela de las almas! Dígnate, Virgen, que tu siervo te alabe y diga: Ave, estrella fulgentísima de quien salió Cristo; Ave, tú que pariste maravillosamente al Rey de todas las cosas; Ave, tú por quien nos ha luci-

do el Sol clarísimo; Ave, Señora más sublime que todas las cosas; Ave, cántico de los querubines, y himno de los ángeles; Ave, paz, gozo y salud del mundo; Ave, alegría del linaje humano; Ave, alabanza de los Padres, y encanto de los profetas; Ave, hermosura de los mártires y corona de los santos; Ave, gloria de los devotos y píos, e himno de los solidarios; Ave, ornamento clarísimo de las jerarquías celestiales; Ave, oración de los escritores de alabanzas; Ave, excelentísimo milagro de la redondez de la tierra; Ave, gusto de los que habitan en el mundo; Ave, paraíso de deleites e inmortalidad; Ave, árbol de la vida, gozo y deleite; Ave, vallado de los fieles y salud del mundo; Ave, puerto tranquilo; Ave, libertadora de los que están envueltos en olas; Ave, auxiliadora nuestra, para los que peligran; Ave, resurrección de Adán nuestro primer padre; Ave, sabrosa libertad; Ave, Madre de todos; Ave, fuente de gracia y consolación; Ave, refugio y vida de los pecadores; Ave, propiciatorio de los que trabajan. No acaba aquí este santo, que con otros muchos nombres se enternece con la dulce María; y no me he querido alargar, porque oigamos también algo de otros Padres.

San Pedro Crisólogo en muchas partes habla de la Virgen, y dice: "Ni conoce a Dios bastantemente el que no se pasma del alma de esta Virgen, ni se maravilla de su ánimo. El cielo se espanta; los ángeles se estremecen; la criatura no puede soportarlo; la naturaleza no es bastante. Y una doncella de tal manera tuvo a Dios en su pecho, y le albergó, y le deleitó con su hospedaje, que la paz de la tierra, la gloria del cielo, la salvación de los perdidos, la vida de los muertos, el parentesco de los de la tierra con los del cielo, y el comercio del mismo Dios con nuestra carne, le pidió por precio y arrendamiento de la casa. El mismo ángel se maravilla, o que una mujer solamente, o que todos los hombres por una mujer hayan merecido la vida. Pásmese el ángel, que todo un Dios haya venido a entrarse en la estructura del seno de una mujer. Aquel a quien todo lo criado por él es la gracia que dio a los cielos, gloria; a la tierra, Dios; a las gentes, fe; a los vicios, fin; a la vida, orden; a las costumbres, enseñanza. Esta gracia trajo el ángel, recibió la Virgen, que es la que había de restituir la salud a los siglos, Virgen verdaderamente bendita, que posee la gloria de la virginidad, y la

dignidad de madre. Bendita verdaderamente, que mereció la gracia de la concepción divina, y se levantó con la guirnalda de la entereza. Bendita verdaderamente, la que fue mayor que el cielo, más fuerte que la tierra, más capaz que el mundo; porque ella sola recibió en sí a Dios, a quien todo el mundo no puede contener.

Pues San Anselmo, ¿qué no dice en libros enteros que dedicó a esta Señora? Llámala Madre de salud, templo de piedad y misericordia, entre todos los santos después de Dios, singularmente santa, Madre de admirable virginidad, que vence a los ángeles en pureza y a los santos en piedad; Reina de los ángeles, suprema Señora del cielo y de la tierra; la que únicamente tiene dominio; exaltada sobre los coros celestiales. "Socórrenos, dice, Señora piadosísima; y no considerando la muchedumbre de nuestros pecados, inclina tu querer a tener misericordia de nosotros". Ea, socórrenos, te pedimos, para que la loa que por tantos siglos has poseído, dure continuamente en la misma gracia con que socorriste al mundo perdido. Nosotros nos encomendamos a ti; tú procura que no perezcamos. Piadoso Señor, perdona al siervo de tu Hijo. ¡Oh, que tú eres

aquella piadosamente poderosa María, de la cual nació la fuente de la misericordia! no detengas, te ruego, tan verdadera misericordia, en donde conoces tan verdadera miseria. ¡Oh grande, piadosa y muy amable María! tú, ni puedes ser nombrada, sin que nos enciendas; ni podemos pensar en ti sin que recrees el afecto de los que aman: tú, nunca entras en la memoria sin dulzura, que divinamente en ti está infusa.

Baste por otras infinitas ternuras y dulces coloquios, que podía recoger de otros santos, alguna cosa de lo que se regalan con María, su Madre, San Bernardo y San Buenaventura. Ensalza, dice Bernardo, a la que no supo qué era concupiscencia cuando concibió, ni dolor cuando parió. Predica a la que es reverenciada de los ángeles, deseada de las gentes, conocida antes de los patriarcas y profetas, escogida entre todos. Magnífica a la inventora de la gracia, la medianera de la salud, la restauradora de los siglos. Ensalza a la ensalzada a los reinos celestiales sobre los coros de los ángeles. Estas cosas me canta la Iglesia de ella: a mí me enseñó a cantar y a alabar a la misma María. Calle tu misericordia, Virgen dichosa, si hay alguno que se acuerde, que

habiéndola invocado en sus necesidades, le haya faltado. De lo más íntimo de nuestros corazones, con todos los afectos de nuestras entrañas, con todos nuestros deseos veneramos a María; porque esta es la voluntad de Aquel que a todos nos quiso tener por María. ¿Quieres tener una abogada para con Cristo? acógete a María, y ella será oída por su reverencia; porque el Hijo oirá a la Madre, y el Padre oirá al Hijo. Hijuelos míos, ésta es la escala de los pecadores; ésta es confianza grandísima; ésta es toda la razón de mi esperanza. A ella como a medio, como al arca de Dios, como a la causa de las cosas, como al negocio de los siglos, miran los que están en el cielo y en el purgatorio; los que ahora somos, y los que se seguirán, y los nacidos, y los que nacerán después de ellos; los que están en el cielo, para que reparen sus sillas; los del purgatorio, para que salgan de allí: los que pasaron, para que prueben ser profetas verdaderos; los que se siguen, para ser glorificados. Por lo cual te dirán bienaventurada todas las generaciones, engendradora de Dios, Señora del mundo, Reina del Cielo, que engendraste la vida y la gloria para todas las generaciones; en ti hallaron los ángeles alegría; los justos gracia; los

pecadores perdón para siempre. Con razón han puesto los ojos en ti todas las criaturas, porque en ti y por ti y contigo la benigna mano del Omnipotente reparó y recreó todo lo que había criado.

Oigamos también a San Buenaventura: "María es la alumbradora de muchos por los clarísimos ejemplos de su vida. Ella es aquella cuya vida esclarecida ilustra todas las Iglesias; ella es aquella cuya vida dio luz al siglo; ella es la antorcha de la Iglesia, encendida e ilustrada por Dios, para que por ella fuésemos alumbrados contra las tinieblas del mundo. Insigne es el privilegio de la gloria de María pues lo que hay, después de Dios, más hermoso, más dulce, más agradable en la gloria, esto es María, esto es en María, esto es por María". Cuenta el santo siete privilegios que la concedió Dios: que sobre todos los hombres esté ajena de pecado, pero muy llena de gracia; que sea Madre y Virgen incorrupta, y Madre de los hombres, aún corporalmente; delante de su Majestad potentísima sobre toda criatura; aventajadísima en la gloria sobre todos los santos.

Concluyo finalmente con lo que el devoto Dionisio Richel dice: "Con todas nuestras fuer-

zas alabemos, veneremos, amemos y reverenciemos a la excelentísima Madre de Dios; y después que lo hayamos hecho así, reconozcamos que no hemos hecho cosa digna, y que no se pueden pagar sus beneficios con suficiente agradecimiento, diciendo con San Agustín: ¿Qué podremos nosotros tan pequeñuelos, y en la obra de niños, agradecer con nuestros loores? porque aunque nos volviésemos lenguas, no podríamos alabarla suficientemente.

# CAPÍTULO XII

## De los títulos que hay para amar a María Madre de Jesús y del primero, que son sus beneficios.

Vengamos a las causas que hay para servir y amar a María con todas nuestras fuerzas; porque, fuera del ejemplo con que nos invitan toda la Santísima Trinidad, los ánge-

les, los patriarcas, los Apóstoles, los santos todos, amando el Padre Eterno a su primogénita Hija y a su querida criatura; el Hijo de Dios a su tierna y amada Madre; el Espíritu Santo a su Esposa escogida entre millares; los ángeles a su Reina, su admiración, su ejemplo, su regocijo; los patriarcas a su esperanza y blanco de sus deseos; los Apóstoles a su Maestra; los santos todos a su Madre, su abogada, su gloria y su vida; hay muchas razones, fundamentos y títulos que nos han de obligar a servir a esta gran Señora, por los bienes que nos ha hecho, por los que nos puede y quiere hacer, por lo que de Ella esperamos, por lo que la hemos menester, por lo que nos ama y cuida de nuestro bien, por lo que sufrió y padeció por nosotros, por su estupenda grandeza, por su hermosura, por su bondad, por sus virtudes, por su agradecimiento, por ser Madre de nuestro Dios, porque nos dio su Hijo, y, sobre todos estos títulos, porque Dios tanto lo quiere, que es la razón concluyente. ¡Oh grande acreedora de los hombres! ¡Por cuántos títulos os debemos servir! ¡Con cuántas obligaciones tenéis dulcemente empeñados vuestros corazones! ¿Acaso es poco los beneficios que por Vos he recibido,

que son tantos cuantos he recibido? ¿Qué obligación es esta, en que van (en cierta manera) a la par María y Dios, en cuanto no debo gracia que haya recibido de Jesús, que no la deba también a su Madre? Estas dos son las causas universales de mi bien: Jesús la original, María la instrumental; pero tan universal y principal instrumento de mi bien, que o se me ha hecho bien alguno ni hará jamás que no sea mediante Ella, y pasando por sus manos. Piense el alma que cuantos son los beneficios divinos recibidos, tantas son las obligaciones del amor y de la devoción que debe a María; porque la debemos todas la inspiraciones que hemos recibido del cielo, todas las ocasiones en que nos hemos librado de pecar, toda la gracia y justificación con que nos hemos hermoseado para parecer con la cara descubierta delante del Padre de las lumbres; pues que no nos aplica con eficacia Cristo Jesús, Hijo querido de esta gran bienhechora nuestra, en cosa alguna sus merecimientos infinitos que nos sea por medio de su amada Madre, previniendo Ella con su intercesión nuestra necesidades, así del alma como del cuerpo, remediando más Ella de lo que nosotros la pedimos, ni conocemos, ni podemos conocer.

Esta obligación que tenemos para con María, debiéndola todo nuestro bien, no es sólo porque Ella nos dio en una pieza todo lo que es bien nuestro, que es Cristo Jesús, lo cual bastaba para darla mil corazones que tuviéramos, porque es un bien infinito, que de una vez nos dio; sino también porque Ella nos alcanza en particular cualquier beneficio divino, hasta el más mínimo buen pensamiento que tenemos.

Y no sólo lo que debemos a los beneficios que de Ella recibimos, así librándonos de males, como haciéndonos infinitos bienes, sino además el modo con que nos los hace, que es constándole ruegos, que muchas veces más hace uno en recabar de otros, que con el propio dar. Pues a María debemos que nos dé, y que pida para dar, estándonos perpetuamente y recabando innumerables mercedes y gracias de su benditísimo Hijo; y aunque Jesús desee con extremo darla gusto en todo, pero nuestros pecados son tan grandes, que es necesario muchas veces valerse de amorosos ruegos y presentarle todo lo que Él hizo, para recabarnos perdón. Allégase a esto, que no espera a que nosotros la pidamos, sino que, aún cuando estamos muy olvidados de ella, y de

nuestro mismo bien, ella nos le está solicitando, y aplacando a su Hijo, mudándonos el justo castigo que merecíamos en favores que por ella nos hace el bendito fruto de su vientre. ¿Qué amor y solicitud puede haber como esto? ¿Qué firmeza y nobleza de ánimo mayor que, sin saberlo nosotros, sin esperanza de agradecimiento, nos está de continuo haciendo tantos bienes?

Es tan grande y universal el bien que nos hace que, conforme a lo que dicen algunos Padres, el mundo se hubiera acabado, si no fuera por María, por cuyos merecimientos e intercesión dura ahora. San Bernardino añade que, muchos millares de años antes de que naciese esta gran Señora, conservó al mundo, esto es, desde que Adán pecó; y que no la aniquiló Dios por reverencia especial y singularísimo amor que tenía a la Virgen; y así dice, que por esta nobilísima criatura salvó Dios a nuestros primeros padres cuando traspasaron su precepto, y a Noé en la inundación del diluvio, y Abraham del rey Codorlahomor, a Isaac de Ismael, a Jacob de Esaú, al pueblo de Israel de Egipto, de la cruel mano del Faraón, del Mar Rojo, de la idolatría del becerro en el desierto; y cuenta des-

pués otros muchos beneficios que se hicieron a los Padres antiguos. No dudo, dice, sino que todo los hizo Dios sólo por reverencia de esta bendita doncella y amor que la tuvo, pues con tanto arte determinó *ab aeterno* anteponerla a todas las demás obras suyas en la predestinación y honra. Ni solamente se limitan los beneficios de esta grande y poderosísima Emperatriz a lo que en esta vida podemos recibir; sino que extiende su clemencia a la otra, librando a las almas de sus devotos de las terribles penas del Purgatorio. Ella misma dijo al devotísimo P. Jerónimo Cavalio cómo tenía cuidado de sacar a los de la Compañía de Jesús del purgatorio; y lo mismo hará con otros devotos suyos. Y al bienaventurado Amadeo fue manifestado del cielo, cómo la Virgen, después que murió antes de subir en cuerpo y alma al trono de su gloria, fue a sacar del purgatorio a todos su devotos; porque razón era que subiese victoriosa al cielo con ricos despojos, como su Hijo subió con los Santos Padres, cuyas ánimas sacó del limbo.

No sólo debemos a María el bien que nos ha hecho siendo en todo tan provechosa para nosotros, sino la honra que nos ha dado; porque no nos es de menor honra que provecho; y

a la que honró a todos los hombres, y a toda la naturaleza, razón es que todas las criaturas la honren. Honró a todos con la persona de su Hijo, dando a todas las cosas y al universo tal perfección, que no es posible mayor al omnipotente brazo de Dios; porque todo grado natural se ve levantado en el Hijo de María al trono divino y a una unión con Dios tan estupenda, que hace a la criatura Dios. Demás de esto honró especialmente a los hombres con su misma persona, porque ¿qué mayor honor del linaje humano que ser de él tal criatura, como María, que es Señora del cielo y todas sus jerarquías? Y no contentándose con esta honra general, nos quiso demás de esto prohijar por hijos queridos, dándonos esta honra que fuésemos hijos de una Reina, y no Reina como quiera, sino de aquella que tiene los serafines por esclavos.

No es ésta la mayor deuda que debemos a María, pues no sólo la debemos cuanto bien ella nos hace, sino también cuanto debemos a su Hijo, el cual quiere que cuanto le estamos obligados se lo paguemos a su Madre sirviéndola y amándola con todas las ansias de nuestro corazón; como estas obligaciones para con Jesús son infinitas, debemos a María infinito.

A María debemos los cinco mil tantos azotes que Jesús, manso cordero, llevó por nosotros pacientísimamente, sin despegar su boca. A María debemos las setenta y dos espinas con que fue coronado Jesús. A María debemos la bofetada que recibió Jesús delante del Pontífice. A María debemos la hiel y vinagre que gustó Jesús. A María debemos la venida del Espíritu Santo que nos envío Jesús. A María debemos la predicación de los Apóstoles de Jesús. De modo que a María debemos, no sólo nuestros merecimientos, en cuanto los tenemos por la gracia que nos alcanza por su Hijo, sino los mismos merecimientos de su Hijo y toda su vida y muerte, toda nuestra redención, elección, justificación y predestinación. Pues quien conoce esto, que ha señalado Jesús a su Madre por acreedora de lo que debemos, ¿cómo puede dejar de darle gusto en cosa que tan bien nos está, y, por otra parte, debemos? Bendito seáis, Jesús mío; benditos el vientre que os concibió; bendita la que os parió tan humilde y agradecida, que por los servicios y deudas que quisisteis deber a una doncellita, que escogisteis por Madre, a quien sólo debéis vuestra vida (debiéndoos todos la nuestra), queréis que todos la debamos vuestros benefi-

cios y deudas infinitas. Dadnos gracias para que así como significasteis por vuestros santos esta buena voluntad vuestra (tan ganan-ciosa para nosotros con obligarnos a servir a quien por nuestro interés debíamos) la sepamos cumplir, sirviendo y reverenciando a quien Vos reverenciasteis como obediente Hijo.

# CAPÍTULO XIII

## Cómo debe ser amada y servida María, Madre de Dios, por lo que depende de Ella el incomparable beneficio de nuestra predestinación.

No se hará dificultoso entender todo esto a quien conociere el pecho tan agradecido que tiene el dulce Jesús y lo mismo que desea honrar a su querida Madre; principalmente habiendo sido el seno de María la sala del consejo divino cuando se hizo elección de los predestinados a la gloria y repartimientos de las gracias de Dios; y esto cuando estaba fresco aquel servicio, que había hecho al Hijo de Dios

esta Señora (y tuvo Él por beneficio grande) de hospedarle en sus entrañas, partiendo su purísima sangre con el Verbo eterno, para que tuviese cuerpo y vida humana; porque ningún mártir ha dado por Dios su sangre con mayor amor y modo más extraordinario que en esta sazón la dio María; pues aunque no dio su sangre perdiendo ella la vida, dio sangre de sus entrañas por dar a Dios hombre vida.

No se puede dudar que había de tener Jesús memoria de su Madre y elegir, para hacerla mayores favores, los que fuesen verdaderos siervos e hijos suyos, y aquellos que conocía con su alta sabiduría que habían de gustar más a María y ésta agradecerle más, y rogar por ellos. No se han hecho ni tratado en la tierra ni en el cielo empíreo cosas mayores, que en esta sacrosanta morada del vientre de la Virgen: allí se hizo la obra mayor y más estupenda que Dios ha hecho, y aun que puede hacer; porque no es posible hacer Dios cosa mayor que la que allí hizo, ni obra de mayor virtud y dignación, ni de mayor poder. Porque aunque lo omnipotencia divina estuviera haciendo por eternidades obras maravillosas, aniquilando por momentos y criando infinidad de mundos, no pudiera exceder a aquella obra de hacerse Dios

hombre, y a aquel nunca pensado enlace de la unión hipostática. Tratáronse también en este augusto lugar de las entrañas de María los mayores negocios que ha decretado la infinita sabiduría y providencia de Dios: el perdón de los pecados, la predestinación de los santos, el pacto y concierto del Padre Eterno con el Hijo que diese su vida por los hombres, y el sí y consentimiento que dio Jesús, y aceptación que hizo de vida y muerte tan amargas, haciendo allí con gran constancia e inefable fervor y devoción voto de no rehusar la muerte más lastimosa y dolorosa que en el mundo se ha visto ni oído: todo por obedecer al Padre y hacer bien a María, y a todos los de su linaje. Allí en el claustro virginal representó el Padre Eterno al alma de Jesús, que aun en aquellos miembros tiernecitos estaba llena de sabiduría, todos los santos Padres que habían muerto desde que crío a Adán hasta su concepción, los cuales escogió con la esperanza o por mejor decir, con aquel anticipado conocimiento de su infinita sabiduría que tenía de que le había de agradecer Jesús haber escogido antes aquellos. Propúsele también a todas las almas que después de su concepción en las entrañas de María habían de ser criadas, para que de ellas es-

cogiese sus predestinados; lo cual, como he dicho, lo hizo Jesús estando en el vientre de María, cuando dependía su vida de la vida de María; e hizo esta su elección con deseo de dar gusto a su Madre. Y así podemos entender ser nuestra predestinación y todos los beneficios y serie de gracias innumerables que en esta sola palabra predestinación se encierran, deuda de María; y que dependió de ella y de Jesús originalmente y de María instrumentalmente, esto es, mediando ella y con respeto y atención a su honra y dignidad.

Todo esto se declaró a una gran sierva de Dios, en una admirable visión que tuvo y cuenta Cesáreo. Una santa virgen, estando una vez pensando en el abismo de la predestinación, en un admirable éxtasis que tuvo vio a la Virgen Santísima preñada del niño Jesús, divisando al niño en las entrañas de la madre, en donde estaba albergadito, como si fueran de un purísimo cristal. Estaba coronado el niño Dios de una diadema de rey, de la cual salían cuatro flores hermosísimas que, pasando por la cabeza de la madre, poco a poco se convirtieron en árboles tan grandes, que cubrían las cuatro partes del mundo: los frutos que tenían eran hermosísimos y fragantísimos y sabrosísimos:

debajo de los árboles estaban todos los hijos de Adán; pero sólo los predestinados cogían y comían de la fruta. Con la cual visión quedó tan llena del don de sabiduría, que conocía quién era predestinado o réprobo, gustando mucho de tratar con los predestinados, como con los que eran sus compañeros y compatricios. Significáronla con esta admirable representación lo que hemos dicho: cómo la elección de los santos y predestinación se hizo estando Jesús en el vientre de María, mediando también ella; lo cual es conforme a lo que muchos santos dicen, y conforme al amor y agradecimiento que el Hijo de Dios tiene a su Madre. De lo cual también se sigue que es gran señal de predestinación la devoción a María.

Así, pues, la perseverancia necesaria para la predestinación no es una gracia solamente, sino la multitud, o por mejor decir, infinidad de gracias que hace a un santo, hasta que le ponga en el Cielo; y esto se debe a María. Claro está que no sólo la debemos servir por los beneficios que de ella y de Dios hemos recibido, sino también por los que esperamos recibir, no sólo en agradecimiento de los pasados, sino para negociar otros nuevos. Hémonos de llegar a ella, como a un sacramento general

de todas las gracias y mercedes de Dios, que por medio de ella nos vienen; que si de veras acudimos a tal Madre, y la pedimos como debemos, las tengo yo por infalibles. Y así el santo P. Martín Gutiérrez, devotísimo hijo de esta Señora, decía que no la había pedido cosa que no se le hubiese concedido.

Importará mucho entender esto de María, y la gran fuerza de su intercesión por lo cual recaba de Dios imposibles a nosotros; que con ser Dios tan observante de sus leyes, en interponiéndose ruegos de María, no repara en nada; y así se ha visto resucitar hombres para confesar sus pecados, por intercesión de esta gran Señora; pues siendo Reina de todo, porque se cumpla su voluntad, no se repara en nada y quiere su Hijo mostrar la majestad de su imperio, en mostrarla Señora de las leyes, atropellando con las inviolables y fijas y queriendo que todas las cosas la sirvan y estén a su mandato. Pero, ¿qué mucho obedezcan todas las cosas a quien obedeció el Criador de todas, que aún ahora en el cielo (dice San Pedro Damián, y Gotfrido Abad) mira las peticiones de María, no como ruegos, sino como imperios y mandatos, reconociendo el derecho de madre?

Consideremos también qué es lo que mereció María con un acto solo de virtud, para que acabemos de comprender la fuerza de su intercesión, en la cual alega todos los merecimientos de su vida. Porque con sólo un acto, aun antes de ser Madre de Dios (esto es, con sólo decir de corazón aquella respuesta que dio al Angel: Veis aquí la esclava del Señor, hágase según tu palabra) mereció más la Virgen que todas las criaturas juntas, ángeles y hombres, en todos cuantos buenos pensamientos tuvieron, y obras hicieron y harán. Mereció con este acto el principado sobre los serafines del cielo, el imperio sobre toda criatura, el cetro del reino de su Hijo, la plenitud de todas las gracias, de todos los frutos y dones del Espíritu Santo, y el ser Madre de Jesús, y corredentora y coprincipio de nuestro bien. Pues ya que fue Madre de Dios, ¿qué no merecía? y ¿qué no recabará con tanta inmensidad de actos interiores, y obras y trabajos exteriores que toda su vida duraron?

Todo lo que hemos dicho de la atención que se tuvo a la Virgen en la salud de los predestinados, y de la fuerza de su intercesión para recabarnos misericordia y vida eterna, confirma la visión, que se refiere en la Cróni-

ca de los Menores, y tuvo uno de aquella seráfica religión, llamado Fray León. Vio dos escaleras que llegaban desde la tierra al cielo, la una roja y sangrienta, y la otra blanca. En la colorada estaba Cristo nuestro Salvador en lo alto de ella, y al pie San Francisco, que daba voces a sus frailes para que subiesen al cielo. Vino gran multitud de ellos, que empezaron a subir; mas todos caían, unos al principio, otros al medio, otros al fin. Entonces el seráfico Patriarca les dio voces que no desconfiasen, sino que se fuesen a la otra escalera blanca, donde estaba en su extremidad la Virgen. Volaron allá los frailes, subiendo sin trabajo; la Virgen los recibió y entró en el reino de su Hijo. Este es el privilegio que concedió el agradecidísimo Jesús a su Madre, que quiso salvar a sus escogidos con Ella y por Ella. Por lo cual San Anselmo, Miguel Insulano y otros doctores dijeron, que era imposible perecer el devoto verdadero de la Virgen; y al contrario dijo San Anselmo, que era necesario perderse el que se apartaba de esta tan gran Patrona.

# CAPÍTULO XIV

## Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo mucho que nos ama.

No sé por cierto qué hacemos los redimidos de Jesús, en no servir y amar con mil corazones que tuviéramos a su querida Madre, y grande bienhechora nuestra; pues las obligaciones que tenemos para ello (aun fuera de su amor, a que debemos corresponder) son infinitas verdaderamente; lo cual digo sin encarecimiento ni exageración alguna; porque dejando lo que debemos por innumerables bienes que nos ha hecho, hace y hará con una increíble lealtad y fe, sólo porque Jesús nos la ha señalado por la acreedora, a quien quiere paguemos lo que le debemos por habernos redimido con tan lastimosa muerte como la de la Cruz, la estamos obligados muchas veces infinitamente a servir y amar, dando este contento tan injusto a nuestro amado Redentor. De modo que el derecho que por esta causa tiene María Santísima a nuestros corazones es infinito, aunque ella por sí no nos hubiera hecho limosna, ni recibido nosotros bien de su liberal mano, ni nos tuviera afición alguna, ni

ella fuera tal cual es, digna por sí misma de ser amada, servida y adorada por Reina de millones de coros de serafines. Juntemos ahora a esta obligación infinita la que le tenemos por su buenas obras, y luego la que le tenemos por su buena voluntad, que es tal y tan fina y leal para nosotros, y con tan grande amor y deseo de nuestro bien, que por sólo esta inclinación que nos tiene, aun sin obras algunas, merece muy merecido mucho mayor amor que el que la podemos tener y que todo afecto y devoción a nosotros posible. Y ¿a quién no enternecerá lo que esta Señora respondió al santo hermano Alfonso Rodríguez de nuestra Compañía? Estábase un día regalando este siervo de Dios con su Madre, y llevado en su simplicidad del encendido afecto de su pecho, la dijo sin reparar: ¡Oh, Señora mía!, mucho más os amo sin comparación, que a mí mismo; más os amo, Madre mía, que Vos me amáis. Mas la Virgen, apareciéndosele luego, le corrigió diciendo: No es así, mi Alfonso, que yo mucho más sin comparación te quiero, que tú a mí me amas. Y ¿con qué mayor ternura se puede mostrar el amor que nos tiene esta amorosa Madre nuestra, que con las demostraciones que ha hecho por nuestros trabajos

y males espirituales? En una isla de las Canarias había una mujer devota de la Virgen, que, engañada por el demonio, dejó de contestar unos pecados que había cometido, hasta que un día vio a nuestra Señora con rostro lloroso y triste, derramando continuas lágrimas de sus ojos; dolióse mucho aquella mujer del dolor que mostraba la Virgen, y preguntándola la causa de su llanto, respondió: Porque no te confiesas bien, y pierdes tu alma; con lo cual movida la mujer a gran contrición de sus pecados, se confesó enteramente. Por cierto, grande testimonio de lo mucho que nos ama la Virgen María, fue mostrarse tan compasiva de nosotros.

Si los hombres lo que más estiman en los beneficios es la voluntad, de tan grande voluntad como en María vemos, acompañada con tales obras, ¿qué hemos de decir, o que hemos de hacer, pues nos faltan fuerzas y posibilidad para corresponderla? No sé, por cierto, cómo puede caber en nosotros olvidó o descuido de quien tanto se acuerda de nosotros y solicita nuestro bien, cuanto es grande su amor: y su amor es tan grande cuanto su excelencia y dignidad lo es: pues así como la Virgen María es más que cuantas criaturas hay, y más santa que

los serafines y todos los justos, así ángeles como hombres; de la misma manera su caridad sola, y el amor que cuanta caridad han tenido y tendrán todos los santos juntos y los más altos abrasados serafines en amor de Dios. ¡Oh qué dicha nuestra es vernos así amados, con un amor tan invencible, de tan gran Señora, y de la misma Madre de Dios! Con tal extremo, que todo amor, cuando han tenido y tendrán las madres más tiernas del mundo a sus hijos más queridos, es sombra y nada respecto del que Ella nos tiene.

Ella de suyo es inclinada a blandura y amor, y más suave y dulce que la miel; y como es más buena que cuantas cristianas hay, su ternura y afecto es también mayor para con nosotros, aunque fuéramos extraños, y no nos viera queridos y redimidos por Jesús, su Hijo del alma; pero llégase a esto que nos ha adoptado también por hijos, empeñándose con esta dignación a amarnos más, y esto ayuda a su piedad y condición blandísima y amorosa; y, sobre todo, como vio por sus ojos lo que Jesús hizo y padeció por nuestro amor, y Ella ama tan inmensamente a Jesús, no es creíble lo que también nos ama a nosotros; porque al paso que tiene estima de la sangre y Pasión del Hijo

de Dios, a ese paso es mayor la inclinación y amor que tiene a los que fueron redimidos tan costosamente. Ve también que toda su grandeza la ocasionó nuestra miseria, y que toda su dicha resultó de nuestra desdicha; y por esto también nos mira con particular cariño y afición. Antes de haber visto a su Hijo muerto por el amor de los hombres, y aun antes de ser Madre de Dios y de saber su dignidad, cuando era niña, sus empleos y mayores cuidados eran, como fue revelado a Santa Isabel, monja, rogar a Dios por el género humano, y que le concediese su gracia, acabando ya de enviar a su Hijo para bien suyo. Pues si tan temprano y sin tantos motivos nos tuvo tan grande amor, ahora que ha visto a Jesús, su Hijo y el Unigénito del Padre, crucificado por nosotros y a los hombres tan estimados de Dios, ¿qué no hará?

Si presentó Jesús como prueba del inmenso amor que Dios tuvo al mundo, el que le diese a su Unigénito, eso mismo podemos decir de la caridad de la Virgen María, que dio muchas veces por nosotros tan buen hijo como Dios, y podemos exclamar: De tal manera amó María al mundo, que le dio su Hijo unigénito. Diónosle cuando le parió; diónosle

cuando le circuncidó; diónosle cuando le presentó en el Templo; diónosle cuando le guardó la vida, para que no le matase Herodes; diónosle cuando con su beneplácito salió de su casa para predicar; diónosle cuando no rehusó saliese del cenáculo la noche en que le prendieron; diónosle cuando preso, acusado, maltratado, afrentado, azotado, coronado de espinas, no habló una palabra por Él; diónosle mil veces al pie de la cruz. ¡Oh, Señora! con qué arroyos de lágrimas, con qué afectos de vuestro corazón ofrecisteis por nosotros entonces a vuestro Hijo, haciendo sacrificio de Él y de Vos, siendo en espíritu sacerdotista del género humano, y todo con tan ardiente y ansioso deseo de la salvación del mundo, que si no se hallara quien crucificara a vuestro Hijo para que se salvase el mundo y se cumpliese la voluntad de Dios (si conviniera así). Vos le pusierais en una cruz, por más que los quisieseis, y por más que os llegase al alma perder tal hijo. Porque claro está, que no había de tener la sacratísima María menor perfección y obediencia que Abraham, el cual a su propio hijo ofreció a Dios, determinado a degollarse con sus propias manos y a quemarle.

¡Digno es esto por cierto de gran ponderación, y de grande agradecimiento! Miremos cómo premió Dios aquella sola buena voluntad de Abraham, dándole por un hijo que quiso sacrificar, que fuese padre de muchos, y prometiéndole su bendiciones. Mas por cierto sin comparación debemos nosotros a la Virgen María, que Dios debió a Abraham; mejor hijo infinitamente fue el que María ofreció por nosotros, y más querido incomparablemente, y no sólo su primogénito, sino mucho más unigénito. Más nos ama María por su inefable caridad y amor de Dios, que Abraham amó al mismo Dios. Pues, esta mejor voluntad, este mayor tan fino y extremado, ¿ha de quedar sin agradecimiento y memoria? No es justo por cierto, sino que nos debemos por hijos a María, y no debemos hartarnos de bendecirla y alabarla. Aprendamos de Dios a ser agradecidos, quien en significación de lo que le había obligado aquel santo Patriarca, con aquella acción y señal de su voluntad, le dijo: Jurado tengo por mí mismo, que porque hiciste esto, y no perdonaste a tu unigénito por mí, yo te bendeciré y multiplicarás tu linaje como las estrellas del cielo, y como la arena del mar; poseerá tu familia las puertas de sus enemigos; y en uno de ellos serán bendi-

tas todas las gentes del mundo. Pues con semejante fervor y determinación digamos nosotros: Como jurado he Señora, y determino con una resolución irrevocable, como juramento, y más firme que una roca, bendeciros y alabaros por este vuestro amor tan grande; yo multiplicaré vuestra familia; yo aumentaré el número de vuestros hijos, pues disteis vuestro Unigénito por mí, dándome yo por hijo vuestro, y procurando que todos lo sean, y muy devotos vuestros; y esto no será como quiera, sino que procuraré ser hijo vuestro, como una estrella del cielo en pureza y santidad, y como el polvo de la tierra en humildad y silencio, y como la arena del mar en paciencia y sufrimiento; y me esforzaré a que este vuestro nuevo hijo posea las puertas de sus enemigos, con la perfecta mortificación de sus sentidos, procurando también que en mí sea bendito vuestro Hijo Jesús, vistiéndome yo de su mortificación de pies a cabeza, cuidando con mi vida y palabras de que todos bendigan y alaben a Jesús, a quien ofrecisteis por mí. Abraham, en premio de haber querido ofrecer a Isaac, que no fue mejor que él, mereció tener en su linaje al Hijo de la Virgen María, Jesús Dios y hombre; pues María por haber ofrecido por nosotros a su Hijo Dios

infinito, y Hombre bendito, ¿qué premio merecerán? ¿con qué le podremos pagar este su amor, sino con amarla, con servirla, con admirarla, con bendecirla, con alabarla, con ser sus hijos, con ser hermanos de Jesús?

Ni solamente debemos a la Virgen María el haber ofrecido el bendito fruto de su vientre a la muerte natural, sino también que aun viviendo le ofreciera a una muerte moral (no sé si diría mejor civil): porque le ofreció por amor de los hombres, a tal vida que los hombres la tuviéramos por muerte, esto es, a una vida penosa, trabajosa, humilde, perseguida y tal que ningún esclavo del mundo la tuvo más trabajosa, queriendo por amor nuestro que el hijo que tanto amaba fuese como nuestro esclavo en la diligencia, y trabajo y humildad, para obrar nuestra salud; por lo cual dijo Ricardo de San Lorenzo esta memorable sentencia: La caridad de María para con nosotros se echó de ver en la Anunciación, cuando respondió: He aquí a la esclava del Señor, deseando engendrar hijo que se hiciera nuestro siervo, por lo cual se llamó esclavo, porque el parto sigue al vientre. Lo cual también significó el Hijo, diciendo al Padre: Tu esclavo soy yo, e hijo de tu esclava; porque nos sirvió el

Hijo de la Virgen con consentimiento y beneplácito de la madre, hasta el lavar los pies, y hasta el sufrimiento de la Pasión, pues el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida para redención de muchos. Por lo cual debemos nosotros al Hijo y a la Madre retribución de su servicio, para que tornen los ríos al lugar de donde salieron. Así el mismo Hijo nos dice por Zacarías: si ha parecido bueno esto a vuestros ojos, traedme mi paga y jornal: lo mismo podrá decir la Madre con mucha razón. Todo esto es de Ricardo. Agradezcamos, pues, a María todas estas finezas de amor ofreciéndonos por sus esclavos fieles, que así seremos sus hijos amados.

## CAPÍTULO XV

### Cómo debe ser amada María, Madre de Dios, por lo que padeció por nosotros.

Pues por este amor tan ardiente y fino que nos tiene María, debía ser servida y amada con más amor del que nuestras fuerzas alcanzan,

y más, viendo que no es estéril, sino muy fecundo en tantos bienes como nos ha hecho, y muy probado con la más fina piedra de toque, que es la paciencia: porque no sólo ha mostrado los quilates de su amor, haciéndonos innumerables beneficios, sino pasando por nosotros por los trances más arduos y dificultosos que ha habido en el mundo; y no ha habido persona humana, ni la habrá, que tanto haya padecido; y todo lo padecía de buena gana por nuestro bien. Tengo para mí, que lo que padeció el corazón de nuestra amorosísima Madre la Virgen en un día sólo, esto es, desde que su Hijo se despidió de ella la noche de la Cena para ir a morir, hasta que le dio sepultura, que fue más que cuanto han padecido y padecerán los mártires desde el principio del mundo hasta su fin, desde Abel hasta el último que atormentará el Anticristo, sin duda que no excederán todos estos dolores corporales que padecieron tantos Santos en todos sus miembros al solo dolor espiritual que padeció María en su corazón; lo cual no parecerá imposible a quien entendiere el aprecio que hacía la Virgen de la persona divina de su Hijo, y el inmenso amor que le tenía, y la lastimosa y afrentosa muerte que padeció Jesús ajusticia-

do por traidor, y embaucador y agitador de los pueblos, siendo así que ella le reconocía tan inocente y tan santo como el mismo Espíritu Santo; y por ésto fue inexplicable la compasión que Él tuvo, y lo que participó de sus dolores. Pues todo lo que Jesús padecía en el cuerpo, padecía María en su espíritu; y así como el amor que tenía esta Señora a su Hijo, que también era Hijo de Dios (por lo cual le daba más que por ser hijo), fue mayor amor que el que han tenido y tendrán los mártires a sus cuerpos, y también como más padeciese Jesús que todos los mártires juntos, es cosa para mí clara, que padeció María espiritualmente más que ellos corporalmente. San Bernardino dice, que si el dolor que tuvo la Madre de Dios se repartiese entre todas las criaturas, con la parte que a cada una le cupiera, se morirían de pura pena. Añádase a ésto que hubo tormento que sintió María y no le sintió Jesús: pues cuando la cruel lanza atravesó el corazón de nuestro Redentor ya muerto, el alma de María que estaba toda en Jesús, recibió este golpe, porque Jesús ya no lo sintió por no estar allí su alma. Este fue según dicen algunos, uno de los mayores dolores que padeció la Sacratísima Virgen; y San Bernardo